



Tres textos sobre el Rayo Macoy*

44

universo de el búh

La timidez del Rayo

ISABEL ARVIDE

Lo conocí...
Supongo que así deben comenzar los relatos puntuales. Después de todo, ése es el privilegio del ciudadano común frente al creador. Había leído sus novelas, había escuchado su nombre y me pareció, recuerdo, que el bigote encajaba muy bien con el escritor de sus personajes.

Era, lo supe después, parte del vestuario que Ramírez Heredia utilizaba para construir su propio personaje.

Un día, en mi casa, ya entrada la fiesta vi que alguien tomaba una silla del comedor para golpearlo. Otro día descubrí a una mujer amenazándolo con un tenedor encrispada de irritación hasta las narices. No recuerdo ni en esas ni en otras ocasiones, los gritos o la violencia inmanente, lógica de Rafael. Es como si una película corriese, en blanco y negro como es menester, paralela a su vida, a su verdadero rostro. Y en ésta, tal como debe estar dictaminado por la ficción, fuese donde todo se volvía un caos.

Rafael, lo recuerdo así, era la conversación larga, educada, siempre didáctica. Y con mucho de necesidad machista, que también se veía como el agregado extra.

Era un hombre tímido que pocos habrían reconocido como tal. Exuberante, desbordado, agresivo, lapidario en apariencia.

Viajé mucho con él, presentando libros, a veces frente a auditorios fantasmas, otros con sillas llenas por megavillamones que no tenían idea de qué escuchaban o qué querían decir. Lo mejor era la convivencia alrededor de las presentaciones, una vez que todos hubiésemos aceptado hacer lo que le daba su regalada gana. Que además, casi siempre, era la correcta, definía el mejor rumbo a seguir. Fue, siempre, paciente para salirse con la suya. Como los maestros de Secundaria que deben lidiar con las pubertades alebrestadas de sus alumnos.

Lo que no se puede decir de sus relaciones fuera del escenario. Ahí la lealtad a sus amigos, sus convicciones, su carácter siempre estaban por encima de cualquier convención, de cualquier negociación meramente ritual. Así lo vi defender, como una fiera enfurecida, en Acapulco la causa de un amigo que había sido acusado no sé de qué fraudes o de qué historias turbias, precisamente frente a sus anfitriones. Sin que hubiese poder humano que le bajase el tono a sus improperios.

Así, de muchas otras maneras también, era Ramírez Heredia.

En él, siempre, la caballerosidad pasada de moda. El retirarte una silla, darte paso, abrir una puerta. Con el gesto hosco, obvio, que era parte de su capacidad -inmensa- seductora. Ramírez Heredia hablaba del país pero, también, en un segundo plano. Eso sí, siempre con enojo, con indignación

por todo lo que no caminaba, lo que no correspondía a una realidad que él veía utópica e igualitaria.

Difícil la intimidad con El Rayo, difícil la cercanía que sin embargo era fluida, cómoda, gratisísima en una mesa de cantina, frente a una copa de tequila, en remembranza de otras copas, de otras novelas, de otras páginas por escribir, de cientos de anécdotas donde los escritores, sus amigos, eran también personajes de sus novelas.

Rafael siempre estaba escribiendo, cuando hablaba, cuando comía jaibas rellenas en Tampico, cuando seducía a sus interlocutores, cuando daba una conferencia, cuando enseñaba a otros a escribir, cuando recordaba un changarro, un bar, un sitio donde debíamos ir en cualquier pueblo. Una parte, importante, de su mente estaba sobre la página en blanco estructurando párrafos y dando vida a diálogos imposibles. Por eso cuando fue tantas veces a Chiapas a su taller, a confraternizar con sus alumnos, estructuró su libro sobre los Maras.

Aunque Rafael era un viajero empedernido, que volvía siempre a sus caminos del Sur, en mi recuerdo El Rayo estará siempre asociado a Coyoacán. No solamente por "su" cantina, la Guadalupana, donde propició eventos culturales, concursos, encuentros, presentaciones de libros en ejercicio de la subversión total, sino por su casa. Porque en esas calles Rafael se movía como dueño de su hábitat, como el tigre que ha orinado su territorio cada mañana para que nadie le venga a intentar arrebatar su dominio. Ahí encontré, también, el rostro más inolvidable de los muchos que presentaba.

Y no fue, extraño en todo sentido, aquél del luchador despiadado contra las injusticias, que también le salía muy natural, sino del padre entrañable que entregaba a su hija, vestida de blanco, a otro hombre. Ahí no escribía otra historia que la propia, la de la ternura, la del amor, la de su verdadero yo, la de protector de sus mujeres, la de cobijador a perpetuidad de sus amores más privados y más ciertos.

La apuesta

ROBERTO BRAVO

Después de comer con mirada apremiante me dijo Rafael:

–Vamos a tomarnos un trago porque me cayó mal la comida, pero no en este hotel, vamos a un bar de a de veras.

El bar que encontramos fue una cantina, la primera que vimos y entramos directos a la barra. Un hombre blanco y pálido nos hizo la consabida

–Qué van a tomar.

Rafael pidió una cuba y como estaba con él, pedí lo mismo. Cuando Rafael vio tristeza en la cara del cantinero se iluminaron sus ojos, sus casi ojos porque eran bastante pequeños, y viéndolo hacia arriba, el hombre era alto, le dijo con su sonrisa de "el que es pendejo ni de Dios goza".

–Se va usted a tomar una conmigo y el escritor –dijo mi nombre– uno de los mejores de México y mire que aquí hay buenos escritores, pero él es de los mejores.

Yo cambié mi pie de apoyo y bebí del vaso.

El cantinero me dio la mano e hizo una breve inclinación.



–Sabe usted... –empezó el de atrás de la barra.

–Hábleme de tú, y déjeme seguir llamándolo de usted, porque nosotros somos escritores y usted es una persona de respeto. Todavía no me ha dicho cómo se llama.

–Artemio Ramírez, su servidor.

–Mire don Artemio, venimos de México y no conocemos a nadie, nos invitaron a un congreso, pero queríamos conocer el verdadero Zacatecas, y al ver su negocio pues entramos.

–Conozco México, antes de poner esta cantina trabajé con mi tío por la Merced.

A Ramírez le destellaron los ojos.

–Mi tío tenía una cantina en Anillo de Circunvalación y República de Colombia, era pequeña, pero había de todo, menos pulque.

–Cómo se llama su tío.

Los ojos de Rafael brillaban como si hubiera encontrado un tesoro.

–Se llamaba Miguel, Miguel Ramírez; era hermano de mi papá; ya murió.

Rafael lo interrumpió:

–La Portuguesa.

–Así se llamaba la cantina, efectivamente. ¿Cómo lo sabe?

–Pues porque allí me veía con un amigo.

Se hizo para atrás, movió la cabeza riéndose como diciendo no puede ser.

–Antes de la siguiente, no vaya a hacerme otra vez la grosería de despreciarme, dígame ¿por qué le puso La Portuguesa?

–Mi tío Miguel igual que mi papá era español, pero trabajó en una cantina de Lisboa y allí vivió con una mujer que cuando se vino a México no quiso acompañarlo y como estuvo muy enamorado de ella, le puso así, La Portuguesa.

–Quiere otra –me preguntó don Artemio.

Respondí con una inclinación y cuando volteó hacia Rafael. Rafael dándole el vaso le dijo:

–Me tomo otra si se la toma con nosotros, es el primer zacatecano con el que platico como debe ser y me menosprecia, desáíreme si quiere, pero al maestro... –dijo mi nombre.

El hombre sonrió y yo volví a cambiar mi pie de apoyo.

–Voy a decirle por qué no bebo.

–Nada más una –le mostró el dedo índice.

–La última vez que tomé empecé aquí donde me ve y terminé tres días después en Tijuana. No me pregunte qué hacía allí y qué hice en ese tiempo porque no lo sé. Después de mi hazaña le juré a mi mujer y a mis hijos que no volvería a hacerlo.

–Pero es que exageró, si se bebe una no va ir a ninguna parte.

–Está bien –dijo Artemio Ramírez– voy a tomarme una nada más –y se le dibujó una sonrisa de oreja a oreja.

Después de empinar el primer trago empezó a recordar lo que había hecho aquellos tres días en Tijuana y para cuando terminó llevaba cinco copas más y llamó a su mujer y a su hijo y a la esposa de su hijo y les dijo que fueran a la cantina porque quería presentarles dos personas muy importantes.

El rostro de la mujer cuando me extendió la mano era una mezcla de tristeza y de enojo, el hijo y la nuera estaban pensativos también.

Les decía de la calidad de escritores que éramos cuando Rafael se despidió.

–Ya van a dar las siete y nosotros nos vamos.

–Cómo, si apenas estamos comenzando.

–A las siete terminan las conferencias y queremos que nos vean a la salida aunque sea, pero mañana estamos con usted otra vez.

Nos vio dudoso, pero finalmente dijo.

–Véngase antes de comer para convidarle de una tortuguita que mi mujer va a guisar.

Su esposa lo vio pensativa.

Rafael sacó su cartera y le preguntó ¿cuánto le debemos?

Ramírez se hizo para atrás, salió de la barra, fue a donde estábamos y le dijo:

–No me ofenda don Rafael, sólo déme un abrazo.

Nos despedimos.

No recuerdo noches cálidas en Zacatecas, siempre frías y oscuras como el socavón de una mina. Así era aquella noche mientras subíamos la calle empinada hacia el Museo. Llegábamos cuando nos encontramos con Mempo Giardinelli.

–Ya terminó, nos dijo y se abrazó a Rafael.

Hicimos una desviación buscando otra cantina y bajando el empedrado encontramos una casa típica de la ciudad con la

placa de un David Gurrola que abajo del nombre puso, como poner dentista o pediatra, Detective Privado. Asombrados, subimos la escalera de cemento empinada que llevaba a la puerta del despacho del investigador. Estaba cerrada, pero la puerta tenía hendiduras tan grandes que acercándose a ellas pudimos ver la oficina. Rafael en su cuento "Dónde está David Gurrola" lo describió como: "Un escritorio, dos archiveros, algo que parecía una caja de cartón y tierra, mucha tierra en el suelo." Yo no recuerdo la tierra y sí me acuerdo que atrás del escritorio había un falso muro de madera pintado de sapo-lin verde agua.

Bajamos decepcionados porque no habíamos visto a David Gurrola.

Íbamos al hotel a beber resignados en su bar cuando Rafael nos pidió que escribiéramos un texto sobre David Gurrola.

-Hagamos un texto, lo que dé, novela o cuento que tenga como personaje a David Gurrola.

Después de vernos a la cara preguntó:

-Le entran.

Dijimos que sí, y antes de llegar al hotel hicimos el compromiso de que una vez hecho el texto debíamos dedicarlo a los restantes.

Rafael fue primero, hizo el cuento "Dónde está David Gurrola", publicado en 1984 en el libro *El Rayo Macoy* de la serie *El volador* de la editorial Joaquín Mortiz, y Mempo, en 1991, publicó la novela *Qué solos se quedan los muertos* en editorial Diana. Después de que salió el libro de Mempo, vi una entrevista que le hicieron a Rafael en canal once y en ella habló de la apuesta, dijo también que el único que todavía no cumplía era yo. A partir de ese momento pensé en el cuento sobre David Gurrola y escribí "El Cortamechas" que fue publicado en el libro *Lo que quedó* de Roy Orbison de la serie *Rayuela* de Difusión Cultural de la UNAM y que después convertí en novela corta "Esquemas para una novela tropical" y en un guión para largometraje.

Rafael y yo viajamos juntos varias veces y juntos corrimos también algunas parrandas. Pertenecíamos a un grupo de escritores que se reunían los primeros jueves de cada mes en

el restaurant "La Bodega" y que luego se cambiaron al "André". La última vez que nos reunimos en "La Bodega" le tomé dos fotos, en una está con el escritor Hernán Lara Zavala y el editor Joaquín Diez Canedo Flores y en otra está solo.

Aunque a Rafael lo hizo conocido un cuento, pienso que fue siempre un novelista que logró una gran frescura en *Trampa de metal* y *Muerte en la carretera* (No he leído sus últimos libros). Murió cuando su carrera como escritor estaba en su mejor momento; así es de paradójica la vida de los artistas a veces, aunque decir esto de Rafael es riesgoso porque a él siempre le fue bien en todo lo que hizo, era como un personaje de la picaresca que sabía dónde había jugo en la vida y se acercaba para beber de él lo que pudiera o le dejaran, siempre simpático y generoso.

No voy a los entierros porque cuando escucho quejarse a los dolientes me pongo a reír, y no fui al de Rafael porque me enteré de su muerte dos días después y pensé tonterías cuando lo supe, es una forma que tengo de enfrentar las cosas desagradables, a veces en mi mente se repite el estribillo de una canción estafalaria y eso ocurrió cuando lo imaginé muerto.

Nada mejor que las palabras de un artista para despedir a otro. Y recurro a W. H. Auden** para hacerlo de Rafael.

Encarnamos poderes que fingimos entender:

Ellos deciden nuestro amor; finalmente dirigen

La bala enemiga, la enfermedad, y también nuestra mano

Son el mañana que al mundo espera

Y lo deseado para nuestros amigos: pero existir es [también] crear

Qué sabemos por quien lloramos, y quién es el afligido.

El muchacho que caminó mi juventud conmigo

MARÍA LUISA MENDOZA

Cuando fuimos a visitar la tumba de Marcel Proust en el Père Lachaise de París en mi atolondramiento oficial se me olvidaron las catlejas que merecía... desconcertada volví la vista a mi alrededor y solamente encontré aquí y allá unas amapolas humildísimas que corté y puse devota en el tendido mármol negro y severo, tan distante de su escritura sinuosa y magnífi-

ca. Ahora que ya se ha muerto perturbadoramente joven y tan de prisa, sin avisar, Rafael Ramírez Heredia me pasa lo mismo porque de todas las magnolias de mi infancia no encuentro ninguna para dejarle dicho a Rafael mi fraternal admirancia por su generosidad, así es, su valentía frente a quien fuera, su varonilidad para obedecer solamente a su matemática moral, ésa que nos dicta adentro perentoria e imperiosa lo debido, pésele a quien le pese. Un hombre entero y bueno. Lo recuerdo en su casa, no sé porqué solamente de madera (lo entrevisté en su biblioteca). Era la pulcritud la mayor presencia, junto a los libros y una mesa de roble quizá, como de un arquitecto.

Por supuesto, sabémoslo, Rafael nació en Tampico, por eso era tan echado para adelante, tan petrolero, tan político. Mis primas hermanas son de allá y por eso la ciudad suya vive en mi recuerdo de infancia... el mar tendidote muy quitado de la pena, por arriba, presente siempre un Norte echador a perder las vacaciones, el puerto, las oficinas con ventanales al mar, donde trabajaba mi tío Octavio Romero, un jardín para dar vueltas pequeñito como el de mi tierra. Y allí creciendo Rafael lleno de talento, de hombría, de travesuras, de libros y lápices mordidos, empezando a vivir para escribir, hacer el amor (tal vez principalmente) y pararse frente a quien fuera apretando los puños para defenderse. Conoció muy bien la vida de provincia, con todo eso doloroso, y la lujuria de las fiestas, las reuniones, el teatro y el cine, nada más que a él lo despertaba el ulular de los barcos y a mí las campanas de la parroquia.

Rafael querido... nunca fuimos íntimos ni nada, pero coincidíamos en la tortura de escribir a veces en el desdén de los demás, los denominados por mí "Niños de las Peinetas" (quienes se han adjudicado los olés exclusivos con premios, mantos de terciopelo, copones de honor y cuanto hay en la república de las letras)... no entiendo, de veras, cómo te fuiste a morir tan de repente si te veías muy bien, siempre paseando la mañana en Coyoacán, dando la cara por los demás, o cargaéndote en una cantina de tu zona sabatina, cuando hay hielos enteros en los vasos y estos apenas empiezan a sudar para deshacerse en los rodetes de las mesas pelonas llenas de sol. Las muchachas de mi tiempo no íbamos a cantinas, las de ahora no son invitadas por ustedes los muchachos de antes.

En fin, iba a presentar mi novela De Ausencia en Guajuato, mi mera tierra... Rafa y yo, bien jovencitos, nos pusi-

mos de acuerdo para que se trasladara conmigo y mis amigas "locochonas" como dicen, y mi amado Joaquín Díez Canedo, quien me hizo el honor de acompañarme, porque Joaquín fue un hombre justo y bondadoso, y nunca se le cuatrapeó nada para declarar mi novela digna de sus castellanias palabras. Rafael Ramírez Heredia (daban ganas de llamarle a su nombre "flor de la raza calé") se portó como un protagonista español, alegre, animador, platicón, coqueto, enamorado de las jóvenes naturales del lugar y enormemente dador conmigo, manos abiertas, compartiente, conspirador de la admiración, de ésas a las cuales hoy ni siquiera vislumbramos en ningún lado. (Secos, inhumanos, viles seres abrigadores de la envidia y ofi-ciantes de misas "solo para mí") y lo digo porque el paisaje es yermo, demasiado cruel, y como ya nos vamos a morir todos, puesto que estamos en la sala de espera, puédesse ya dejar el orgullo a un lado y lanzar fuegos de escopeta vieja. Y porque a Rafael no se le cubrió de honores en su patria, como lo merecía, ni siquiera la beca de CONACULTA, ese instituto mantenedor de "los de siempre", eternamente, año a año, y es capaz de ignorar a quienes han dado a México gloria y honor, ni modo, aunque suenen solemnes las palabras. Y lo digo porque a Rafael Ramírez Heredia le otorgó la crítica de Francia un galardón a la mejor obra publicada en francés... De chicos decíamos "puras habas".

Ramírez Heredia hace mucha falta. A nosotros los escritores por dejar de leer los muchos libros que le faltaban, a nosotras las mujeres para sentirnos seguras en el páramo de soledades literarias, cuando nos agreden los dueños de nuestro pequeño mundo, la muerte chiquita del ninguneo.

Mi memoria para él. Agradecida al Rayo Macoy, el machito del ring que tundió a moquetes a la bola de olores de fuchi mexicanos. A un triunfador no se le niegan aplausos, menos los saludos de intelectualesporcuacuales. Ríe conmigo, amigo, no te nos fuiste aún, gran muchacho. 🍷

marialuisachinamendoza@yahoo.es

*Estos textos forman parte del libro sobre Rafael Ramírez Heredia (1937-2006) a un año de su muerte. El libro, de próxima aparición, se denomina El Rayo, editado por la Fundación Juventud Activa, A.C., que preside Dulce Berenice Velázquez Orantes. Contiene una treintena de testimonios y cuatro entrevistas.

**De "En memoria de Ernst Toller" (traducción de Marcela Orraca y Roberto Bravo)